

Correrías misioneras del Padrecito José Suárez

El pasado 11 de mayo visité a Don José Suárez Florido en el Hogar Sacerdotal de Vegueta. Me recibió muy afablemente en su habitación. Me rogó que le tu-teara. Nos sentamos. Él estaba sentado en su sillón de descanso. Yo le dije: «José, en ese sillón estará más cómodo que en una hamaca». Se rió con ganas y me contestó: «Muchas noches las pasé sin dormir porque en las casas no habían camas, sino hamacas. Me costó acostumbarme». Suárez Florido fue misionero en Colombia y en Santo Domingo durante 24 años, hasta que enfermó y volvió a Gran Canaria en 1982. Aquí, en mayo de 2016, estando ingresado en la clínica del Perpetuo Socorro por una neumonía, pidió una libreta y un lápiz y escribió el libro titulado «Recuerdos de un Misionero». En este libro de 119 páginas confiesa: «Gracias a Dios tenía y tengo buena memoria». Y yo mismo lo he podido comprobar. Recuerda los nombres de los lugares, de las parroquias, de los obispos, sacerdotes, catequistas, seglares colaboradores y de los más mínimos detalles de su vida. Hablamos primero de su lugar de nacimiento, estudios y vocación. Le pregunté: «¿José, tu eres natural de Telde?» Con rotundidad contestó: «¡Soy de Lomo Magullo! y soy el único sacerdote nacido en Lomo Magullo. Nací en 1932 y mi primera Misa la celebré en la iglesia de Lomo Magullo el 3 de agosto de 1958, dos días antes de la festividad de Nuestra Señora de la Nieves, que siempre me ha protegido».



Julio Sánchez

Le pido a mi interlocutor que nos hable de sus estudios eclesíasticos y de su vocación misionera. Me responde con emoción: «Yo le debo mi vocación sacerdotal y misionera a don Ignacio Domínguez, párroco de Lomo Magullo. El suscitó en mí la semilla que Dios había plantado en mi corazón. Me preparó con todo cariño para que ingresase en el Seminario diocesano, donde estudié hasta el segundo curso de Filosofía. Luego, me animó a ingresar en el Seminario de Misiones de Burgos. Don Ignacio me regaló mi primer Breviario cuando fui ordenado de Diácono, en 1958. Este mismo año fui ordenado de Presbítero en la Catedral de Burgos por el Nuncio, monseñor Antoniutti. Nos ordenamos 16, un número nunca visto. Enseguida nos dieron el destino: 7 a América, 6 a África, 2 a Japón y uno quedó en el Seminario como profesor. Yo fui enviado al Vicariato Apostólico de San Jorge, en el departamento Bolívar de Colombia. Después de celebrar mi primera Misa en Lomo Magullo, como dije, me embarqué para Cartagena de Indias, y de allí marché a mi primera parroquia, Achí, en el bajo Cauca, río que desemboca en el Magdalena»

Ya tenemos al Padrecito Suárez en el interior de Colombia. Me explica la diferencia que existe entre los

costeros y los del interior. «Estos son muy tradicionales. Conservan la fe recibida de sus mayores. Cumplen con los Sacramentos y asisten a las catequesis. Los costeros son más liberales y algo alejados de la religión». Le pregunto también sobre el significado de las correrías. «Las correrías, me dice José, eran las visitas que se hacían a las comunidades alejadas de la parroquia. Son pequeños poblados que están deseando que llegue el Padrecito para oír la Palabra de Dios y recibir los sacramentos: bautizos, eucaristías con primeras comuniones y confesiones. Si había escuela todo se celebraba en ella. Si no, al aire libre, debajo de los árboles. Yo pude construir tres capillas en sendas comunidades, gracias a los donativos que recibí de Adveniat, una ONG de la Iglesia Católica de Alemania. En el primer año de misión visité 14 comunidades. Cada correría duraba dos semanas. Íbamos en mulas. Los

padecimientos se compensaban con creces con el fruto abundante que se recogía. Muchos bautizos y primeras comuniones, pero sobre todo muchas horas de confesión. Quedaba agotado, pero con la ayuda de Dios el cuerpo resistía». Especial recuerdo tiene de la correría de San Pablo. Afirma Suárez Florido: «Esta correría la hice sólo una vez, suficiente para que dejara en mí profundas emociones. Yo diría y lo digo: Rompió mi corazón. Sus gentes, aunque por lo general eran huidas de la Justicia Colombiana, te roban todo tu ser. Creo, sinceramente, que de verdad robaron mi corazón». Estas pala-

bras recuerdan al Padrito Claret que dijo de los canarios que le habían robado el corazón.

En Colombia, el misionero Suárez después de la parroquia de Achi, pasó a las de Juan José y San Benito, ésta en la nueva diócesis de Sincelejo. El obispo le encargó dirigir el Seminario Menor. Tuvo que hacer obras para ampliar el edificio. También se hizo cargo del santuario del Santo Cristo Milagroso, del orfanato y de las hermanas catequistas. Después de un tiempo de mucha actividad, le trasladaron a Lizaralda, en la diócesis de Pereira. La última parroquia colombiana fue la de Irra, «que me dejó huella».

En marzo de 1973, Suárez Florido fue destinado a la República Dominicana, después de 15 años misionando en tierras colombianas. En Santo Domingo estuvo 9 años, 2 en la parroquia de Cambita y 7 en Río de San Juan. Le encargaron edificar la Casa Curial y el salón. Para ello recibió ayuda económica de Adveniat. Pudo terminar la obra, pero su salud quedó deteriorada. Termina el misionero Suárez Florido con estas sinceras y ejemplares palabras: «Regresé a mi tierra dolido, muy dolido en todo mi cuerpo, pero no me arrepiento de lo que hice. Me siento muy orgulloso de ello y le doy gracias al Señor, porque me ha dado la oportunidad de hacerlo. ¡Gracias, Señor!»